

## Hectáreas aptas

### Un relato en el calendario de cultivos

(Excerpt in Spanish)

Translated by: María Florencia Ferre

Contacto of the translator: mariafferre@gmail.com

#### Octubre: Pero los campesinos tienen que trabajar

Mi hermano y yo somos la pala mecánica, mi hermano y yo tenemos espíritu de equipo.

»¡Cavá!« »¡Picá!« »¡Apisoná!«

Mi hermano cava, pica, apisona.

»¡Cavá!« »¡Picá!« »¡Apisoná!«

Yo cavo, pico, apisono.

Nuestra fraternidad es unidad y nuestra camaradería es enajenación. »Pero esto es arcilla, hombre.«

Estoy apurada. No puedo pensar.

»¡Más tierra!«

Mi hermano también va rápido. Es una suerte.

»¡Vamos!«

Muchas batallas se perdieron porque la gente en su enajenación no tenía compañeros.

»¡Pero qué va!«

[p. 10]

Error. Muchas batallas se perdieron porque la gente acompañaba a los enajenados. “¡Te toca!”

El sol amaga con eclipsarse tras el bosque, y todavía nos quedan ocho árboles.

»No siento el culo,« respiro.

»Pero si no tenés,« mi hermano rompe en risas.

Cavamos, picamos, apisonamos y estallamos en risas.

»Tampoco siento los muslos.«

»Mañana vas a tener el doble.«

Los miembros son la mecanización, el paisaje es la cinta transportadora. El proceso optimizado y completo.

»¡Esto es peor que la fábrica!«

Estamos en la misma y no somos los únicos.

Primero el hoyo. Cavá. Después las piedras. Picá. Un poco de tierra. Apisoná. Un ciruelo y un palo. Compost. La carretilla está vacía. ¿Cómo vacía? Séé, vacía. ¡Te toca! Mi hermano va por el compost, yo al hoyo. Raíces. Pelos suaves. Un poco de tierra. Un poco de polvo blanco. ¿Qué es esto? ¿Pimienta? Zeolita. ¿Qué? Piedra volcánica. ¿Hay que ponerle? Sí. ¿Por? Porque sí. ¿Porque ese es tu truquito? El universo tiene sus truquitos.

¡Ja, ja, tenés razón! Acá está el compost. ¡Paleá! Paleo, espolvoreo, entierro, afirmo. ¡Apisoná! Apisono, aplasto, machuco, magullo. ¡Picá! Escarbo, cubro, tapo, apago. ¡Dale! No puedo pensar. ¡Dale, dale! En el monte hay un manto de lumbré. Pablito clavó un clavito. Pepe pecas pica papas. El cielo está encancarañublado... Mariachucena su choza techaba... ¡¿Agua?! Las regadoras están vacías. ¡Ahhh! Voy por agua, mi hermano: “¡Truquitos universales! ¡Ja, ja!” Arbolitos y palo. Dos nudos cruzados. ¿Está derecho? No está derecho. ¿Y ahora? Agua. Regado. Apisonado. Atado. ¡Ya está!

Faltan siete.

»No veo nada, carajo...«

»Para eso tenemos la linterna.«

»¡A la miércoles! ¿Dónde está?«

»A eso se le dice mecanización agrícola, ja ja. Arriba.«

»¿Arriba significa arriba en el compost?«

»Me lees los pensamientos.«

Mi hermano y yo tenemos espíritu de equipo.

»¡¿Y ahora me lo decís?! Estaba ahí hace un minuto.«

»Ah, mmm...«

Nuestra fraternidad es unidad.

»¡...hace un minuto era de día!«

Nuestra camaradería es enajenación.

»Es de locos.«

»¿Eh?«

»¡Plantar ciruelos con linterna! Es de locos.«

Mi hermano sale disparando y bufando y desaparece en la cueva, y yo no sé qué podría decir como disculpa. Está oscuro y no puedo pensar.

»¡Son las reglas de un propietario responsable!« grito cuando por fin le doy forma a la idea.

»¡¿Ehh?!« se oye desde lejos, desde muy muy muy lejos; mi hermano se hundió en la oscuridad. Alzo los ojos, como si sirviera de algo. En la cueva alguien sopla el fuego. Vamos a asar castañas, pienso. »¡Las reglas de un propietario responsable!« grito una vez más, por miedo de que la idea grandiosa que tanto esfuerzo me costó caiga en saco roto: »No dejes para mañana, lo que puedas hacer hoooooyyyy...«

Con el entusiasmo me olvido del pozo recién hecho ante mí y me caigo de traste, grandiosamente. No tengo culo así que no lo siento. No me duele nada. Me quedo tendida: a medias en la vertical y a medias en la horizontal. Las piernas en el pozo, el cuerpo en el pasto. El frío se extiende en una ráfaga sobre el valle. La oscuridad devora todos los sonidos. No hay paisaje. No hay miembros del cuerpo. No hay ciruelos, ni qué decir arboledas. Yo y el firmamento, oh, ningún firmamento: silencio. El otoño es casi invierno. Extiendo las manos. Hay. Dolor: hay. Sube artero desde

[p. 12]

las botas pesadas por el barro a las torpes caderas embarradas a los brazos trémulos embarrados y de ahí a las madejas de crenchas que esta mañana eran cabello y ahora es imposible desenredar de entre los manojos de pastos embarrados. La tierra de octubre está

helada al acostarse. Podés pescarte una mordida del lobo en el trasero. ¿Qué? Un lobo en el trasero. Vas a ser la única culpable de que se te enferme todo, o al menos los ovarios y la vejiga. La oscuridad es espesa. La luna, débil. ¡Jimi! Jimi es negro como la noche. Jimi, oh, descarriado. Lo oigo olfatear en la oscuridad a ratas y ratones entre los ciruelos jóvenes. ¿Dónde está ahora el fuego? ¿Dónde está mi hermano? Un ardor fuerte va desde las pantorrillas hasta los muslos, por la pelvis hasta las costillas, oh, vamos, ¡levantate de una vez! Cuando terminemos, vamos a comer castañas. ¡Jimi! Jimi, desesperado, se pone en posición. Se echa de panza y de inmediato se pone a ronronear.

»¡No puedo más!« suspira alguien y en la oscuridad no se distingue en qué dirección viene.

Desde el paisaje invisible se extiende una mano, mi hermano: “¡Leven anclas, haraganes! ¡La pala llama!»

Quedan siete.

...

Cuando aquel mes de mayo llegué desde la feria del libro de Turín y le anuncié a la abuela que iba a hacerme cargo de la chacra de mamá, se agarró de la silla. Después se volvió sobre su eje y se agarró de la mesada de la cocina. Revolvió un poco el cajón, rebuscó por la mesada, por el horno, miró a ver si tal vez lo encendía, volvió a darse la vuelta, se tomó de nuevo de la silla, se sentó, puso las manos sobre la mesa, sobre la reciente traducción al italiano de mi primera novela, que había traído como un trofeo desde Turín, miró en lontananza y me dijo:

“Pero los campesinos tienen que trabajar.”

Habría que saber contar muy bien lo que pasó después. No por fuera, sino por dentro. Me congracio con la memoria para remover los hechos y remover su funda milagrosa de pátinas y digresiones; coso retazos, doy vuelta los bordes, almidono, diría mi abuela, [p. 13]

pero todo lo que sale es tralalá. Habría que saber contar muy bien: se desprendió una bola y aplastó la casa y la defensa. No. Mejor sería: aplastó todas las defensas.

Alguien estalló en risas. En un rincón inalcanzable de la foto me veo alzar las manos ante los ojos y bailotear con los dedos, como en el teatro; me veo parlotear, parlotear todo el tiempo, agotadora; me veo fruncir las cejas y arquearme en un signo de interrogación incrédulo, quebrado, cómico. Mi abuela amonesta con el dedo índice y no dice nada, no dice: vos reíte nomás, pero yo lo digo en serio; pero mirá, ya me falta el aliento, ya comprendo su posición, ya estoy viendo que la mujer que está ante mí, mi abuela, mi única *oma* aún viva, cuenta con precisión y sin clemencia, cara a cara, sus años –no los míos–, empezando por el año cero, siempre todo desde el año cero, interpreta insumisa y no muy mordaz; pone los años sobre la mesa en su cocina incontaminada como si fueran naipes para jugar al *šnops*.<sup>1</sup>

En nuestra familia hubo un tiempo en que en esta cocina, sobre esta mesa, jugábamos *šnops* en prolongadas partidas de cuatro. El tío y la tía y la abuela y el abuelo, y a veces

---

<sup>1</sup> Juego de cartas que deriva del juego Schnapsen, popular en el Imperio austrohúngaro y hoy en los países que lo conformaban, que se juega con naipes alemanes o franceses, parecido a la Brisca... Además, se llama así al aguardiente de frutas [n. de t.].

mamá y a veces papá, y a veces algún jugador extra que venía de visita, noche tras noche buscaban los misterios de la partida que valiera la pena, y para eso forjaban alianzas incondicionales de dos en dos, y luego en manos tensas contaban apasionados, casi maníacos los triunfos caídos y los triunfos retenidos. Toda la cocina, toda la casa, la leña en el horno, el té en el fuego, los nietos, los bisnietos, las fotos de los antepasados y el calendario de bomberos: para un buen juego necesitabas un buen compañero y con él un diccionario por siempre secreto de movimientos ocultos. En él había un tesoro de palabras explicado que los jugadores aliados extraían con un cabeceo, un movimiento de mano, de hombro, una patada bajo la mesa, los ojos. Debías saber leer cada sílaba no pronunciada, advertir cada mínimo guiño, y luego traducir las señales reunidas en las cartas que tenías en las manos.

“Pero los campesinos tienen que trabajar.”

[p. 14]

El *šnops* es un juego en que los jugadores se sientan cada uno en su extremo de la mesa, lejos, y a cada lado hay un espía, un contrincante. Hay que esconder las cartas de los espías, pero más aún el cuerpo. Y en ese empeño la lengua es el medio más traicionero. Y por eso los jugadores hablan, hablan mucho, cuentan, todo el tiempo cuentan algo, las más de las veces recuerdos de burlas compartidas, que brotan en la cocina como lava ardiente, se endurecen en los rincones como piedra volcánica, como tierra viva de la que con la primera lluvia brotan sillas, mesa, fuego y el pan de cada día. Así los jugadores de *šnops*, farsantes de uso doméstico, conjuran la verdad a partir de recuerdos dispersos, y dan forma a colosos que fueron y a héroes que serán a partir de materia salvaje, caótica, que se ha acopiado sola durante años en la cocina. Porque todo lo visto, todo lo vivido y todo lo oído, todo lo dicho pronostica en forma impostergable el curso vital: los jugadores zigzaguean entre relatos y la carta de la suerte, y cuando en el horno ardiendo flamea la medianoche, en el té caliente hay aguardiente que huele a ciruelas, y en las cabezas hay una niebla fértil, un humus mitológico que mezcla todos los misterios, funde todos los destinos y vuelve vapor toda certeza, aún la más ínfima. Es el momento en que con frases poderosas se conciben hijos, en que se pone en palabras su ser elemental; con largas palabras los jugadores se transforman en hadas madrinas de cuerpos mortales, que dejan junto al fuego sus dones verdaderos, huellas imborrables. Lo que les entregan, primero se pronuncia como memoria de lo vivido. Después se repite, se repite, se mezcla y se amasa, se modela, se cocina, se enfría y se carga, de mano en mano, de noche en noche, tanto y tanto que un día se vuelve verdadero y por verdadero, se vuelve el futuro.

Así ocurrió que nació una niña y las hadas madrinas sentadas a la mesa de las barajas la colmaron con sus dones maravillosos y proféticos. La primera le concedió la verdad de la palabra, la segunda la verdad del poema, la tercera la verdad de los binoculares, la cuarta...

“Pero los campesinos tienen que trabajar.”

[p. 15]

Este era un cerdo rosado e indefenso, como rosados e indefensos son todos los cerdos recién nacidos. La mamá cerda, que trajo al mundo a trece cerditos, era gorda y torpe, pues los cerditos, pichones rosados, estaban colgados de sus mamas día y noche, y mientras tanto chupaban y engordaban para volverse pesados como una vaca. »¡Ohh, pobre chancha, trece pichones pesados como una vaca!« Habría que saber contar muy bien de quién es la lava que se mezcla en esta tierra, pero es imposible; todo lo que tenemos es un sedimento improfanable. Veo: la hilera de sauces azul grisácea abajo junto al arroyo, el pasto joven, los ciruelos, sus copas redondeadas, mi abuela, con su pollera roja, desenterrando papas. Estoy sentada sobre una manta tejida tomando té de tilo, mucho té de tilo, tomo tanto que mi abuela tiene que traerme más de su canasta de reserva. La reserva está en botellas de cerveza, tres o cuatro, y yo lo exijo con la palabra más importante que compone mi pequeño mundo: *mema*. «¡Lo que hace el té de tilo! ¡Desde que nació hasta empezar la escuela ni un resfrío!» La abuela recoge la azada y la manta y la canasta, y yo voy tambaleando detrás de ella a una distancia cada vez mayor y caminamos y tambaleamos pasando los ciruelos bajos, pasando sus copas redondeadas; junto a los plantíos largos de papas hay pasto dulce recién cortado, porque la abuela cuida a la mamá cerda, que ha parido trece pichones que ahora cuelgan de sus mamas como una vaca y la pobre está molesta como un perro. La abuela tiene una pollera roja y sobre la pollera un delantal a rayas. Antes de entrar al chiquero, me mira y dice:

»¿Venís?«

Luego todo lo que ocurre se mezcla. El perro Luka ladra, yo ruedo, la abuela desaparece en el chiquero y desde ahí llega un batifondo, un batifondo aterrador, algo chillar, lloriquea, mi abuela se abre paso con su mezcla secreta de preocupación y enojo, yo soy demasiado chica como para decir nada, como para siquiera recordar algo, pero es una cuestión de vida o muerte: la gorda mamá cerda ha olvidado contar

[p. 16]

a sus hijos y ha aplastado a uno de ellos en un descuido con su pesado cuerpo, ohhh, »¡Aplastó a un cerdito!«, pobre cerdito, rosado e indefenso, le destrozó una pezuña. El animal tullido está tendido en medio de chillidos desoladores, »¡Mema, mema, mema, mema!«, cuando por fin llego rodando hasta la abuela, ella ya ha puesto el cerco de madera y así ha dividido el chiquero en dos.

Mema. Una pequeña palabra del mundo infantil que se volvió condición para la vida. Cuatro meses estuvo el pobre cerdo en el chiquero separado y de seguro se habría muerto de pena y soledad si no le hubiera hecho compañía una nena de dos, tal vez tres años, que le llevaba un biberón con leche y salvado. »Te sentaste sobre la paja en el chiquero con el cerdito sobre la falda y él tomaba de la botella y lo mimabas como a una muñeca. Decías pichón mema, pichón mema.«

Esta fue la verdad de la palabra y profetizó que sería una protectora de cerdos.

\*\*\*

[p. 27-28]

El arco de la luna mengua, la luz de la luna se agosta, los jugos se prenden a las raíces. “¿Qué ves, abuelo?” La vida ondea por los tejidos como pleamar y bajamar. Los navegantes predicen con años de anticipación cuándo será la hora del día en que la marea incline la superficie y las rocas de la costa donde amarran sus botes se hundan en el océano o se queden en el continente por la bajamar; es suficiente con que tengan a mano la luna y un calendario. Agua, pleamar, linfa, bajamar, plasma, pleamar, serum, bajamar: todo lo que se prende obedece a la fuerza que lo gobierna. Hay un revés, glup, y el jugo se seca, glo, el fruto se pierde, glu glu, la vida se hunde bajo tierra: “Negro”.

“¡Oh, abuelo! ¿Algo más?”

...

“¿Qué más ves, abuelo?”

...

“¿Abuelo?”

...

Corazón subterráneo, órgano muscular hueco en la cavidad torácica, late en pausas calientes, y no hay un corazón, hay muchos corazones subterráneos. Una orden de arriba dirige las válvulas del corazón, y cuando el jugo vital, la linfa dulzona corre hacia abajo por las raíces al menguar el arco de la luna, se abren abismos en el silencio, puertas sin fin. Cuando entrás al mundo subterráneo sabés por dónde llegaste pero no tenés la menor idea de cómo vas a terminar.

“¡Abuelo!”